

Ayer tocaba plato único, como no podía ser menos tratándose de una pieza mayor del cine, "El espejo", de Tarkovski, que nos presentó el socio Txus Retuerto, apasionado de la obra de este director, con la sala casi llena, a pesar del tiempo desapacible y de la competencia del fútbol.

Nos avisó de que era una obra difícil, "hermética", por su estructura no lineal, pero hay que decir que no hubo deserciones; se ve que vamos creciendo como espectadores, en buena parte gracias a los coloquios, que, como comentábamos luego, delante de una copa de vino, nos ayudan a ver más allá, a compartir conocimientos (algunos saben más que otros, no lo vamos a negar, y generosamente nos hacen partícipes a los demás) y emociones (que en eso somos todos iguales).

Txus nos situó la figura del director, un grande que tuvo el condicionante de nacer en un lugar y tiempo, en el marco de la Unión Soviética, que mediatizó su obra.

Tras deslumbrar en Venecia con su debut, "La infancia de Iván", en el 62, rápidamente se convirtió en un elemento incómodo en un régimen de pensamiento único, cuando su obra era tan rica en significados y en matices, hasta el punto de acabar exiliándose y terminando su carrera en Suecia, donde firmaría su "Sacrificio", que pudo verse en el FAS hace pocos años... antes de que el cáncer se lo llevase a los 54 años.

"El espejo" es su obra más personal, una suma de recuerdos de la vida del autor, partiendo del abandono de su padre a los 3 años de edad; padre que sin embargo está muy presente en la obra, pues suyos son los poemas que se leen durante el film. Así, se dijo que era una película sobre la paternidad, y uno de los habituales recordó la hermosa frase que el crítico Serge Daney dedicase a Truffaut: la cinefilia como una suerte de orfandad.

Así, a algunos asistentes sugirió más la película que a otros, y hasta hubo a quien emocionó y quiso compartir los recuerdos de un incidente doméstico o de un viaje. Se destacó su aspecto visual, casi pictórico, que recordaba a Chagall, a Brueghel, a Avercamp; los sonidos de la naturaleza, el viento, la nieve crujiendo bajo las pisadas, la música magistralmente engarzada con las imágenes... Puro cine, pues, que narra sin necesidad de palabras.

Se vió tanto como un viaje al interior, "a través del espejo", como también el espejo junto al camino: un friso o testimonio del siglo, de la realidad que a Tarkovski tocó vivir... con el detalle entrañable para nosotros de que incluía escenas de nuestros "niños de la guerra", de la evacuación de Bilbao.

A pesar de sus años, nos pareció que había envejecido bien, la vimos moderna, universal. Y hasta rastreamos sus influencias en otros cineastas. Lo dicho, que cada martes salimos un poquito más sabios y más felices.

Hasta el martes que viene, hijos del cine (gracias a Iñaki, a Google, y a Daney, que trastocó las sílabas y -del "cinéphile" al "ciné-fils"- transformó al cinéfilo en un hijo del cine). Nos espera "Hermosa juventud".

Ana G.